

## **Fábula de un animal invisible**

*Víctor Mosqueda*

El hecho —particular y sin importancia— de que no lo veas, no significa que Wilfredo Machado no exista, o que no esté aquí, detrás de esta y cualquier historia de un animal imposible: de unos leones con habilidad para retardar la recompensa, de lobos capuletos drogados de amor voraz por corderos montescos, de monstruos de circos internacionales engendrados por bestias humanas, sirenas de voces vergonzosamente desgastadas por el tiempo, narvales buscando vindicta, palomas psicopómpicas, un camello saltador de ojos de aguja, un leopardo homosexual.

Muy bien, el leopardo homosexual es de Barrera Tyszca, pero precisamente esa es la grandeza de este animal invisible. Que está detrás de todo y todos los animales imposibles: las bestias de Arreola y Borges, los hermosos y frágiles animales de Denevi —los que nunca lograron bajar del arca—, el machete de Gálvez Romero, los zorros de Pu Sung-Ling, los monos pacíficos y conformistas de Halley Mora —los que fueron expulsados de los árboles—, el dinosaurio de desperta-

res o el burro melómano de Monterroso, las mariposas oníricas de Chuang Tzu y las instantáneas de Elizondo, e incluso los cronopios de Cortázar o los animales parlantes de Esopo y La Fontaine.

No importa qué fue primero, si el huevo o la gallina, si Machado o cualquier otro animal invisible, como lo supo el Noé de Bustamante Zamudio, cuando elegía las aves de corral que entrarían al arca, y terminó encontrándose frente a frente con la protogallina y no sabemos si con una respuesta a este dilema. También lo supo Genette y, antes que él, Darwin. Todo animal sobre la Tierra, factible o imposible, tangible o invisible, es un palimpsesto del primer organismo unicelular, pero también del último organismo multicelular. Porque los palimpsestos no tienen cronología. Viajan por autopistas transdiegéticas. Y en medio de esas autopistas, de esas páginas mecanografiadas, detrás de ellas, a un lado, de frente, siempre está el animal invisible mayor, Wilfredo Machado, mimetizado, confundándose con la tipografía, trabajando en equipo con tu miopía, para impedirte ver lo obvio: *Fábula de un animal invisible* es el ancestro común, el eslabón perdido, el hipotexto mayor.

El que no lo veas, no significa que Machado no esté allí, acechando desde algún lugar de la página en blanco, preparado y ansioso por saltar sobre tu animal, devorarlo y dejarte desnudo, sin letras, sin cuento, mientras él se regresa a su rincón, henchido o hinchado como la serpiente-sombrero de Saint-Exupéry, rizado

o liso como las serpientes de Elphick, de frente o de retroceso como la culebra ciega de Brigue.



## **La trama de Felipillo y Engracia**

*Víctor Mosqueda*

Felipillo Racacabulla era un nombre muy largo para una vida muy corta. Igual que Engracia Magna Pastora Toribia Rafaela, que no crecía por la carga de tanto nombre. Tanto Alfredo Armas Alfonzo como Orlando Araujo sabían del peso que tiene el nombre, de lo que puede hacer en un personaje, lo mismo que de la responsabilidad de su creador, de su autor, con respecto a esta decisión y su inminente destino.

Los grandes escritores de tragedia del pasado, que ignoraban estas facultades del nombre, o que cuando mucho les seguían la pista hasta las arenas movedizas de la etimología, invertían en cambio grandes esfuerzos en crear un destino inminente e inevitable, donde el dolor y la pérdida fueran una constante, donde el augurio estuviera escrito con cincel sobre roca y se repitiera como un *leit motiv* durante la vida del protagonista, a través de sus largas gestas, quien lo escucharía una y otra vez, escéptico, confiado en poder escapar de esos tentáculos.

Claramente, estas son trampas en las que el cuento corto no puede caer, y mucho menos la microficción. Aquí el nombre del personaje (al igual que el título de la obra, desde otro punto de vista) tiene un peso capital. Tanto peso o tan poco peso como el que sumen los hilos de su intertextualidad. Tanto peso o tan poco peso como el de la sonoridad que agreguen a la lectura y el significado que posean dentro de la historia. Si no tienen nada de esto, mejor hacer una historia de personajes innominados; a lo sumo mencionados por su rol. Si la tienen, entonces la elección del nombre puede llegar a constituir más de la mitad del peso de la escritura del cuento.

Una vez más, Armas Alfonso y Araujo, sensibles conocedores de la naturaleza humana, de la naturaleza narrativa, sabían que la mayor crueldad y el futuro más devastador podían esconderse detrás de un nombre. Lo único que les quedaba, al tomar la decisión de cargar a sus personajes con la pesada mochila de sus nombres, era comenzar el duelo de saberlos muertos antes incluso de verlos moverse. Otros duelos diferentes, efectos dominó de distinto orden se desatan y seguirán desatando en las líneas de cientos de historias mínimas, gracias al juego de esta peculiar onomástica, donde los nombres pueden llegar a ser más grandes que sus propias historias.

Pero al destino y a la microficción siempre le han agradado las repeticiones, como ya nos lo hizo saber Borges, y en este mismo momento, en dos lugares muy

lejanos y desconectados de toda esta elucubración, nacen un niño y una niña. Al primero le colocan Alejandro Talabartero y a la segunda Calamidad Santa Amaranta Dolores Cornelia. Y ninguno de sus padres sabe que en realidad lo hacen para que se repita una escena, para que los rieles de la ficción breve sigan bien aceitados y esta onomástica microficcional siga engrosando sus páginas y trabando lenguas.